

De este modo se fue constituyendo una especie de moral excelente, que germinaba ya en los escritos de los profetas anteriores y representada a la sazón por un partido, que formaba una escuela. Era una moral de gente del pueblo y clase media, deseosas de justicia y honradez, enemigos del orgullo de los aristócratas, y que comprendían poco las necesidades del Estado. Predicada insistentemente por los profetas y sus discípulos hasta la confección definitiva del judaísmo, practicada por los judíos piadosos durante los siglos que precedieron a nuestra Era y esparcida por el cristianismo, esta moral ha llegado a ser la del género humano.

El reparto ideal, hecho por Jehová de los bienes de la tierra entre su pueblo, no preveía que habría ricos y pobres. Los ricos, según opinión del jehovahista piadoso, son un inconveniente. El fin perpetuo de la política jehovahista era proteger al débil contra el fuerte, y reducir al mínimo las ventajas del rico sobre el pobre. La usura es un crimen. Suele presentarse al rico como un ser violento, ocupado solamente en despojar al débil, y el origen de la riqueza siempre es malo.

El pobre es el amigo de Jehová, y debido a esto se establecieron sinonimias singulares. Las palabras *anav* (dulce) y *ani* (pobre, afligido), derivadas ambas de una raíz que indica humildad, se llegaron a utilizar indistintamente. Las palabras cuya significación propia es «pobre» equivalieron a «gente santa, amigos de Dios». Obedecía esto a un sentimiento similar al que creó en la Edad Media los nombres de frailes menores, mínimos, pobres de Dios, humildes, etc.

Una democracia teocrática, una religión ocupada casi totalmente de las cuestiones sociales, era el judaísmo del siglo VII, el verdadero judaísmo del que fue desarrollo y aplicación el cristianismo. Los *anavim* forman lo más selecto de la humanidad; son los justos, los rectos, los fieles, los tranquilos, temerosos de Dios, los que en Él confían, quedando constituidos en una especie de cofradía o sociedad piadosa. Los *anavim* no querían tener relaciones más que entre ellos, para no contaminarse. Cuando se llamó a esta clase de pietistas fariseos, en la época asmonea, sólo hubo innovación en las palabras. Los *anavim* nos hacen entrever en el horizonte a los fariseos del Evangelio.

Israel no fundará una república, ni una monarquía, ni un Estado civil,

ni una ciudad. Fundará la sinagoga, la iglesia, la cofradía piadosa, el fariseísmo y el cristianismo. El pietismo, en el fondo, perdió al ciudadano. Ya no es Israel en conjunto el pueblo de Jehová: los *anavim* son los únicos que forman su rebaño.

Israel sólo quería justicia social. Sentía antipatías por una corte, una clase militar, una aristocracia de nacimiento. Aquellos devotos trabajaron más por la humanidad que por su patria terrestre: así perdieron el país que se le había dado. Israel sería más un fermento universal que una nación particular, pegada a una tierra. Su dispersión estaba decretada anticipadamente. Disperso era como cumpliría su misión principal.

El rey Ezequías propugnó esta transformación con una especie de imparcialidad benévola. Su piedad estaba en los sentimientos, en una fe ardiente, en una confianza absoluta en Jehová. Llevaba hasta la ostentación el desprecio de los medios humanos, y no esperaba más ayuda que la de Dios. Ezequías debe figurar a la cabeza de la historia, no ya mítica, sino positiva, del judaísmo. El ideal de los *anavim* exigía un rey que estuviera a su disposición. Tal vez hubieran ya compuesto entonces los poetas piadosos aquellos salmos en que retratan con vivos colores la perfección del rey teócrata. Se cree oír en ciertas estrofas la plegaria que se entonaba en el templo cuando el rey iba a ofrecer sacrificio. En otros fragmentos domina un acento de victoria y se nota la hostilidad contra los aristócratas enemigos de las reformas, a quienes exterminará el rey. Otras veces el rey se traza a sí mismo, con la pluma de sus piadosos consejeros, el programa completo de un soberano teócrata.

El actual principio moral de que no hay contagio para la persona decente y de que se puede tratar con todo el mundo sin estropearse, es contrario a lo que opinaba la gente santa en Israel. Se debía elegir las compañías y evitar las relaciones con personas de sectas diferentes. Este principio, al dividir el mundo en pequeñas cofradías sectarias, hizo imposible en Oriente lo que llamamos la sociedad. Consecuencia necesaria de ello fue la inquisición más odiosa. El rey que practicara las máximas del perfecto monarca de Israel sería un tirano formidable. Es peligroso comprometerse a expulsar a los enemigos de Dios, o a los que dicen serlo, pues Dios no comunica a nadie la lista de sus amigos. Israel fundó más bien la moralidad que la libertad. Verdaderamente, 700 años antes de J.C. nadie entendía la libertad como ahora la entendemos. Apenas se distinguía un vislumbre de ella en la misma Grecia. Nuestro liberalismo amplio habría afectado a aquellos antiguos creyentes exactamente igual como ahora a los musulmanes y a los protestantes puritanos. Les habría parecido la misma impiedad, la negación absoluta de los derechos de Jehová.